

Mis Recuerdos de La Progresiva

Quiero agradecerles la oportunidad que me han dado de escribir estas líneas. Repasé en los boletines anteriores, algunos comentarios escritos por otros exalumnos del Colegio, y entiendo que el mío será muy diferente. Mis experiencias en La Progresiva también fueron distintas. Pertenezco a una generación que no pudo graduarse en el Colegio, que olvidó cuando pudimos cantar por última vez nuestro himno, que vivió los últimos tiempos del sentir progresivista en sus aulas, pero que también vio en ellas, la llegada de la Revolución, y la presencia de algunos alumnos que cambiaron el uniforme acostumbrado para usar entonces el de miliciano. Nosotros, los de entonces, vimos el fin de La Progresiva como colegio, y digo como colegio, porque así lo enuncio solamente como un lugar. Vimos la diáspora de la gran mayoría de nuestros maestros y la evaporación silenciosa de los mensajes constantes de amor que allí se irradiaban. Sin embargo, más allá de toda esta destrucción de la que fui testigo, en mi mente predominan muchas memorias agradables de mi paso por La Progresiva, y quiero compartir algunas con ustedes.



Aun puedo recordar cuando asistía al Kindergarten de Nana Garriga. Este estaba en el salón que tenía las ventanas que daban al portal de la calle Vives. Recuerdo también la enfermería de Erótida Robaina; los nombres y apellidos de mis maestros, tanto de Primaria, como de Bachillerato; y algunos detalles que en su momento, fueron significativos para mí. Por ejemplo, cuando aprendí a leer en primero B con Aurora Martín, mi época de batutera, mi intento infructuoso de ser gimnasta pese a los esfuerzos del Maestro Tabares, mis sesiones en el Club Folklórico con el Maestro Castellanos, mis visitas constantes a la biblioteca y muchos más.

Reconozco que no fui la mejor alumna, tenía entonces tantas motivaciones que estudiar demasiado podía tomarme mucho tiempo. Sin embargo, cuando llegué a la Universidad me di cuenta cuan fructífero había sido mi paso por el Bachillerato y me sorprendí de la capacidad de observación y análisis que mis maestros habían desarrollado en mí. Gracias a esa educación, mi vida intelectual y profesional ha sido abundante, provechosa y de beneficio para todos los alumnos que han pasado por mis aulas.

Además de mis recuerdos de adolescente y de mi formación intelectual, conservo buenas amigas de mi paso por La Progresiva. Ni el tiempo ni la distancia me han separado de Rebeca Barroso y de Haydée Fuster. Otras, vinieron muy temprano a los Estados Unidos o se quedaron en Cuba cuando yo salí de allí y desgraciadamente perdí mi contacto con ellas.

En mi vida de adulta he aplicado muchas veces los principios que aprendí en el Colegio. Aunque vengo de una casa cristiana donde estaban dichos principios presentes, en mi estancia en el Colegio, éstos se consolidaron y se multiplicaron, haciéndose más sólidos. El tener esas enseñanzas en mi haber me ha permitido tener una vida de confianza y seguridad en Dios, de sentirme agradecida de lo que he recibido y de saber compartirlo con otros.

Hoy me llena de alegría escribir estas letras para otros Progresivistas, quienes han tenido experiencias tan duraderas y valiosas como las mías. Todos sabemos que el paso de La Progresiva por nuestras vidas, no fue en vano y que Dios, nos escogió para regalarnos esa bonita y valiosa experiencia.

Un abrazo para todos ustedes

Dr. Alicia E Vadillo
Syracuse, New York